

LA PALABRA DE DIOS EN LA TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

El enunciado de este ensayo puede sugerir –aunque no necesariamente– la idea de que la teología sistemática es una determinada realidad con su naturaleza o consistencia propia, en la que hay que buscarle o asignarle un sitio y un papel determinado a la Palabra de Dios como elemento que ha de estar presente en ella, lo cual sería el objeto de esta reflexión. Se trataría, por tanto, de examinar qué lugar y función desempeña la Palabra divina en el pensamiento ordenado, que es la teología sistemática en los distintos ámbitos concretos de la dogmática, la moral o la espiritualidad. Con este planteamiento, aunque el título “La Palabra de Dios en la teología sistemática” cita en primer término la palabra revelada, adonde se dirigiría el análisis y la reflexión sería en realidad a la sistematización teológica, buscando en ella el papel que le corresponda a la Palabra.

A mi entender, esta impostación que parte de la sistemática teológica, que es una realidad derivada de la Palabra revelada, para buscar en ella el papel de ésta, puede tener quizá su legitimidad, pero seguramente fuera de mayor acierto partir de la consideración de la revelación, y ver cómo ésta, por su propia condición y dinamismo, conduce a la correspondiente sistematización, cuya naturaleza hay que trazar desde esa su raíz, condición trascendental de posibilidad y contenido material, que es la Palabra revelada. Así estaríamos más de lleno bajo la obediencia al principio fundamental que recordara la *Dei Verbum*, 24 y el decreto *Optatam Totius* 16, de que el estudio de la Sagrada Escritura debe ser como el alma de la teología, un principio con fuerte vocación renovadora sobre el pensamiento católico que, sin embargo, es absolutamente tradicional y

no tiene nada de novedoso¹. Si, pues, el estudio de la Escritura es el alma, principio de animación, y por tanto no sólo el punto de partida de las construcciones de la teología sino el permanente factor inspirador², comencemos por ese estudio que es aliento de vida para observar su impulso y dinamismo creador que llega justamente a la realización teórica que es el pensamiento sistemático que se construye por exigencia de la Palabra misma como medio suyo de comprensión y de testimonio. Si la primacía la ha de detentar absolutamente la Palabra de Dios, que no es sino el mismo Dios en su presencia y comunicación humana, empecemos por el fenómeno de la revelación que es la condición de posibilidad de todo pensamiento teológico, tanto en su sistematización más especulativa como en la consideración más concreta sobre las distintas praxis de la vida cristiana.

Según esto, el objeto de estas reflexiones quiere ser doble: en un primer momento, observar cómo surge desde la revelación divina la sistematización teológica, para abordar después los modos en que en el interior de la sistemática, en su edificación, ha de obrar la Palabra de Dios en algunos de sus caracteres formales más definitorios, modelando así, con ese talante suyo, la propia reflexión teológica.

1. REVELACIÓN QUE LLEVA AL PENSAMIENTO SISTEMÁTICO

El hecho radical que hay que observar es que, por impulso natural, la Palabra revelada lleva hacia un pensamiento sistemático sobre la misma revelación como fenómeno y como contenido. La comunicación divina consiente e incluso demanda una reflexión y exposición sobre ella en la forma del sistema de pensamiento. La Palabra misma busca exponerse ordenadamente en una construc-

¹ En ambos documentos conciliares se retoma la feliz expresión utilizada en las encíclicas *Providentissimus Deus* (nº 17) de León XIII y *Spiritus Paraclitus* de Benedicto XV. H. de Lubac ha añadido que la afirmación de que el estudio de la Escritura es el alma de la teología era ya en la Iglesia por el tiempo del Concilio una trivialidad, figuraba en muchos documentos anteriores y se la podía encontrar, por ejemplo, en los estatutos de los escolasticados jesuitas, H. de Lubac, *Diálogo sobre el Vaticano II*, Madrid 1985, 94-95. Véanse las referencias históricas de A. Dulles, *El oficio de la Teología. Del símbolo al sistema*, Barcelona 2003, 85-87.

² Véanse los comentarios al respecto al hilo de OT 16 de J. Alfaro, "Il tema biblico nella teologia sistemática", en Id., *Cristologia e antropologia*, Asís 1973, 11 ss.

ción racional con la idea de ser de algún modo completa, busca desarrollar su vocación comunicadora, su pretensión racional y su voluntad veritativa en una explicación orgánica de su contenido y de su propia existencia.

a. *Aprehensión racional en la acogida de la Palabra y el lenguaje de la fe*

Esta exposición sistemática es el paso final, como en todo proceso de racionalización, de un iter que tiene otros anteriores que impulsa la misma revelación, como son la aprehensión racional y la conceptualización. La sistematización teológica es el elemento último del pensar la revelación que ésta demanda a partir de la primera aprehensión racional. Porque es comunicación que hace presente un contenido noemático, que además tiene la pretensión de ser la verdad que salva, por tanto la verdad por excelencia, la revelación divina se dirige al hombre y éste la debe aceptar desde todas sus dimensiones constitutivas, también en su condición inteligente³. Como acogida de Dios, la aceptación de su revelación no puede hacerse sino desde la totalidad de lo que el hombre es, también por tanto desde su inteligencia; otra cosa ni sería propia de una verdadera realización de sí mismo, ni sería digna de Dios, que no recibiría el homenaje del ser humano en la totalidad de sus dimensiones y facultades. Ciertamente, la aprehensión de la revelación divina como ofrecimiento de Dios, y la correspondiente acogida en el acto de fe, no tendrán lugar sin la iluminación y el sostén afectivo de la gracia divina, pero ésta, como se sabe, no suplanta los naturales dinamismos naturales del hombre, no elimina la intervención de la razón humana en el acto del creer, sólo la ilumina y la sostiene.

Por tanto, por motivo de su componente noemática y su pretensión veritativa y por motivo de la naturaleza intelectual del destinatario humano, la revelación es acogida por éste en el seno de una comprensión racional, en la que se origina el correspondiente lenguaje religioso. La comprensión de la revelación como tal revelación divina, que por lo mismo conlleva su aceptación –porque apenas se perciba que es verdadera comunicación de Dios es inmediatamente

³ “Dado que la revelación procede de la inteligencia divina y está dirigida a la inteligencia humana, requiere una asimilación reflexiva. Esa revelación se encuentra en el creyente con un dinamismo encaminado hacia la apropiación racional y la contemplación amorosa”, A. Dulles, *El oficio de la Teología* 125.

aceptada- lleva a formalizar el lenguaje correspondiente. En efecto, dada la unión natural entre conocimiento, pensamiento y lenguaje, la fe como aceptación racional de la revelación de Dios genera un habla, un discurso con su coherencia, de tal manera que si es imposible la fe sin comprender, también es imposible creer sin la formación o la formulación de un lenguaje, el logos del creer, que tiene su origen último en la percepción de la revelación como palabra, en la verbalidad de la comunicación de Dios al hombre y en la correspondiente audición y comprensión por parte de éste.

En esa comprensión y en ese lenguaje se sustancia la fe. La primera plasmación del acto de creer tiene lugar en el lenguaje, porque verbalmente, o sea, en una escucha, se ha percibido la presencia apelante de Dios y verbalmente se ha respondido a ella, con el asentimiento del espíritu que se realiza y expresa necesariamente en un habla, en una palabra -“María *dijo*: hágase en mí según tu *palabra*” (Lc 1, 38)-, posición del espíritu que es dicción de la *ruah* encarnada que es el hombre. En la palabra como objetivación o modulación del aire, del espíritu que vivifica y constituye al hombre y que le realiza, tiene lugar el asentimiento de la fe, el encuentro entre el eterno Verbo divino que llama y la palabra del hombre en la que él debe responder. Radicalmente, se cree en el lenguaje, la fe es experiencia verbal, acontece en el cruce entre la apelación del Logos eterno y de la palabra del hombre que es ostensorio de su espíritu en la que acoge, guarda, custodia la comunicación divina y desde la cual la vive y la predica.

b. *La expresión conceptual*

Esta verbalidad de la fe lleva necesariamente a la conceptualización de lo creído y del acto mismo de creer, de la revelación ofrecida verbalmente y verbalmente acogida. La conceptualización tiene dos modalidades distintas, la de las fórmulas confesantes que recogen y anuncian la revelación tal cual es creída por la comunidad eclesial, como son los símbolos y las definiciones vinculantes del magisterio eclesial, y la de la elaboración técnica del habla de la fe, la teología como formulación de lo creído hecha con especial precisión y rigor crítico, en aplicación de los procedimientos del pensamiento especulativo y re-flexivo, elaborados por la racionalidad filosófica y en diálogo con los contenidos o desarrollos materiales de

razón especulativa⁴. En ambas tareas, la formulación con precisión formal y el uso de perspectivas, categorías o pensamientos elaborados por la razón en su comprensión de la realidad, tiene lugar la conceptualización teológica sobre la Palabra divina. A esta conceptualización crítica lleva el creer como aceptación de la palabra revelada, que demanda la asunción más radical y plenaria por parte del hombre, que abre una aventura sin término en el aceptar, pensar y decir lo creído, que por tanto no sólo no podrá rehuir sino que buscará concebirse, anidar y anunciarse en el lenguaje más preciso, la conceptualidad más rigurosa e históricamente más viva y expresiva del creer y de lo creído dentro de la natural historicidad de la razón humana.

Surge así el pensamiento y el lenguaje teológico como desarrollo intelectual ulterior, con peculiar consciencia crítica, del habla de la fe. Surge la teología que, en su pretensión de científicidad, muestra que la revelación como manifestación del misterio como tal misterio, como presencia nunca evidente de lo divino, alienta el cultivo más largo de la razón humana, el desarrollo abierto de la racionalidad más exigente, en un cultivo que no podrá no fortalecer a la misma razón, haciendo que dé frutos que nunca diera sin el forcejeo con el misterio, que en su revelación –que es velarse y desvelarse– se deja y se hace pensar⁵. Ciertamente, el concepto o la conceptualización no es la única forma de lenguaje teológico. Si la fe tiene muchos modos expresivos, la teología como uno de ellos tiene a su vez más formas de representar intelectualmente el misterio revelado, además del concepto y la argumentación racional. Puede asumir una textura narrativa o tonos sapienciales o timbres proféticos, pero para seguir siendo teología no deberá nunca dejar de ser pensamiento elaborado, reflexión segunda sobre la revela-

⁴ Es evidente que ambas conceptualizaciones no son estancas entre sí, sino que por el contrario se sostienen mutuamente. El lenguaje de las fórmulas confesantes es deudor de la elaboración teológica y ésta a su vez tiene en esas definiciones un referente vinculante que ilumina y encauza su posterior reflexión. “La teología no es sólo una reflexión científicamente metódica sobre la consciencia de fe de la Iglesia, sino que también es un momento interior a esa consciencia creyente (con una mayor o menor ‘cientificidad’ sistemática). Dicha consciencia de fe se desarrolla con la ayuda de esa reflexión (llamada teología), llega a sí misma más reflejamente y por tanto puede conducir a nuevas definiciones explícitas, a ‘nuevas’ proposiciones de fe”, K. Rahner, “Sagrada Escritura y Teología”, en *Escritos de Teología*, VI, Madrid 1969, 110.

⁵ La revelación es la novedad permanente que es ofrecida a la razón para incrementar su conocimiento y progresar en la búsqueda de la verdad. Como dice *Fides et Ratio* 15, la revelación “produce pensamiento”.

ción ya creída y, en cuanto tal, ya en alguna medida inteligida. Por eso, la conceptualización y el discurso racional, además de ser una modalidad ineludible en el pensamiento de la fe, no puede en realidad ausentarse por completo de ningún modelo teológico. Creo que no tendría sentido contraponer estas distintas maneras de pensar la Palabra divina para optar de modo excluyente por alguna, porque ninguna debería faltar por entero en una elaboración teológica de calidad⁶.

c. Del lenguaje conceptual a la exposición sistemática

Este lenguaje conceptual lleva por necesidad a la exposición sistemática, tanto por impulso inmanente del procedimiento de la razón que es el conceptualizar, como por exigencia interna de la Palabra divina que se está pensando. Desde la mera racionalidad humana, el pensamiento que ha adquirido alguna precisión conceptual tiende al desarrollo de todos los nexos lógicos que abre o ilumina más allá la misma conceptualización, hasta alumbrar la visión amplia, la exposición con orden interno que desarrolla la anchura de lo real en su ordenamiento propio. Es evidente que todo pensamiento sistemático vive de la lógica de lo real, de la trabazón natural de las cosas del mundo, de su orden y sentido interno que demandan de la razón el pensar sistemático. Pero además, la misma revelación le impone al pensamiento teológico, que penetra en su interior, una exposición de alguna sistematicidad. Este es un punto determinante en estas reflexiones sobre la palabra de Dios en la teología sistemática, el momento en el que llegamos a observar que la Palabra revelada tiene su morada en un pensamiento sistemático, no la única, porque ni siquiera habita sólo en la reflexión teológica, pero sí una morada propia, por lo cual no habrá teología que se precie que de alguna manera no tenga, no presuponga o no incoe una dimensión sistemática.

La misma Palabra de Dios con su lógica interna demanda cierto sistema en el que recoger y exponer la pretensión veritativa de su

⁶ Cabe señalar una analogía entre la legitimidad de las distintas modalidades intelectuales de la teología y la diversidad de géneros narrativos de la Escritura. En efecto, de "distintos modos habló Dios a nuestros Padres en el pasado" (Heb 1, 1) y a esa diversidad expresiva de la revelación y su plasmación en la Escritura no es ajena la pluralidad legítima de los registros discursivos de la teología.

logos, de su dimensión eidética, con la coherencia interna que le es propia y sobre la que se asienta la analogía de la fe, el paralelismo y la correspondencia formal y material de sus diversas enseñanzas. Además, la Palabra pretende alumbrar un sentido general que conduce igualmente a la exposición sistemática. Por su pretensión de verdad salvadora, la Palabra de Dios se despliega como comunicación sobre la totalidad de lo real, merced a conceptos radicales que incoan una visión amplia de las cosas y al ulterior desarrollo temático de los mismos⁷. La Palabra no podría ofrecer la salvación al hombre sin desvelar la verdad del mundo, del propio ser humano, de la sociedad y la historia, de Dios y del más allá, y de desvelarla dejando una imagen de alguna coherencia desde el principio radical del amor y la verdad de Dios. Iluminaciones aisladas, la fragmentariedad de asertos puntuales, un puñado de hechos heteróclitos, no tendrían eficiencia salvadora para el hombre cuya racionalidad exige y necesita alcanzar alguna visión totalizada de lo real en su inmensa diversidad. En su potencial salvífico, la Palabra ilumina lo mundano, lo humano y lo divino para formar una visión unida y unificadora que da razón suficiente, aunque no en forma de evidencias racionales, del origen, sentido y destino del hombre y que así posibilite su salvación.

El carácter complexivo de la Palabra revelada se hace presente también en las formas en que se ofrece al hombre, en la unidad indisociable de hechos y de palabras en los cuales ha hablado Dios⁸. Por esto podemos entender el término Palabra de Dios en un sentido amplio como sinónimo de revelación divina o en un sentido más restrictivo como el elemento verbal de esa revelación⁹. Toda

⁷ Así, el mundo visto radicalmente como creación de la nada, el hombre como imagen del Dios creador, el tiempo finito y la historia en la figura de una linealidad abierta.

⁸ Puede verse con más detalle G. Tejerina Arias, "Revelación por hechos y palabras", en C. Izquierdo - J. Burggraf - F. M^a Arocena (eds.), *Diccionario de Teología*, Pamplona 2006, 874-879.

⁹ Por el contrario, como muy bien probaba J. Alfaro, "El tema bíblico" 13-23, la tradición eclesial que transmite la revelación no es en sí Palabra divina. Los dogmas, escribía L. Scheffczyk, "sind zwar nicht selbst Offenbarung, aber doch eine Gestalt des Gotteswortes im Zeugnis der Kirche", *Schwerpunkte des Glaubens*, Einsiedeln 1977, 609-61. Ver J. M. Sánchez Caro, "Hermenéutica bíblica y teología", en *Scripta Theologica* 28 (1997), 856. La *Dei Verbum* habla de Palabra de Dios sólo a propósito de la Escritura, mientras que describe la Tradición como "transmisión de la Palabra de Dios" (nn. 9, 11, 21). La posición que sostiene que la tradición de la fe eclesial puede ser considerada Palabra de Dios podría resultar en algunas formulaciones muy arriesgada.

la revelación y por tanto la Escritura como testimonio primordial de ella¹⁰, en cuanto comunicación, es el habla de Dios y por tanto su Palabra, porque también los hechos en que se manifiesta tienen carácter verbal. Dios ha hablado al hombre en una palabra que suscita o señala acontecimientos de salvación, los cuales a su vez son portadores de una verdad, de un sentido interno que la Palabra de Dios, el elemento más verbal aclara, mientras que los hechos, por su lado, realizan en concreto y así verifican la pretensión salvadora de la palabra divina. Palabra de Dios son las palabras de la revelación, que se percibe en la escucha del espíritu humano y se hacen oráculo, oralidad, y Palabra de Dios en un sentido amplio pero no impropio son los hechos en los que Dios se comunica y se hace presente con extraordinaria eficiencia.

Con esta composición, la comunicación divina culmina en Jesucristo, Palabra que acontece, Verbo eterno hecho lenguaje humano, tiempo e historia, que enuncia definitivamente la Palabra divina en sus palabras y en sus obras. Desde Jesucristo como palabra escatológica se percibe toda la revelación como progresión de etapas sucesivas hacia él, en quien la verdad se hace lo más concreta posible y que se muestra capaz de sostener toda la historia. En Cristo se hace patente la unidad de lo diverso, que entonces es comprendido definitivamente en su ordenamiento real, porque en la racionalidad humana unificar es comprender y desde Jesucristo la revelación divina gana la definitiva visión sintética, en él todo converge, todo alcanza su coherencia última, su verdad y su credibilidad finales¹¹.

La Palabra divina en su integralidad, el decir de Dios en dichos y en hechos, dado definitivamente en Jesucristo, lleva al concepto y al sistema. No sólo la comunicación verbal en su dimensión lógica o cognitiva, también el acontecer histórico, que sólo llega a ser verdadera revelación en cuanto suscitado o interpretado por la misma Palabra. Ésta, como sabemos, a diferencia del logos helénico, es

¹⁰ "En la tradición de la fe cristiana, 'palabra de Dios' es ante todo la Sagrada Escritura", K. Kertelge, "Palabra de Dios", en P. Eicher, *Diccionario de conceptos teológicos*, II, Barcelona 1990, 147.

¹¹ La revelación escatológica de Cristo se abre también como principio de unidad y plenitud hacia atrás, hacia la revelación creacional, que él recoge y que en él encuentra su verdad y eficacia última: "Dieses Wachstums erreichte im Christusergebnis seinen Höhepunkt. Es ward gerade diese Zuordnung von Schöpfung und Erlösung, von Alten und Neuen Testament oder von Adam und Christus (vg. Röm 5, 12-21) die das christliche Denken zur Anerkennung einer Geschichte der Offenbarung und einer Heilsgeschichte führte", L. Scheffczyk, *Schwerpunkte des Glaubens* 19.

creadora, íntimamente relacionada con la praxis histórica en cuanto oferta de salvación para un hombre en quien es constitutivo lo social e histórico. En la revelación judeo-cristiana la verdad también se hace, en el amor y la justicia (1 Jn 4,8) sin los cuales no se alcanza o no se expresa en su hondura propia la verdad de Dios¹². En esta conjunción de hechos y palabras, la revelación acontece como *historia salutis*, como acontecer significativo y salvador, conjunto de *facta et dicta* trabado internamente por un designio de salvación, palabras y acciones que trenzan una *oeconomia salutis*. La historia, y muy especialmente la historia de la salvación, no es la acumulación informe de hechos, es un todo vital, posee una naturaleza orgánica, de tal suerte que como dice Kasper "en la misma historia se da ya el sistema", porque historia es lo sucedido y su posterior repercusión, la efectividad consiguiente que abre un flujo orgánico que es la tradición viva¹³.

La revelación como historia de salvación tiene así su lógica interna, su desenvolvimiento, sus fases, sus crisis y su juicio desde el designio salvífico que la sostiene y que hace presente. La elaboración sistemática surge de esta trabazón y no se debería concebir sólo en atención al elemento puramente verbal o cognitivo de la revelación divina, sino a ésta en su entramado de hechos y dichos que es la estructura en la que está dada. Porque la comunicación de Dios alumbró una historia en la que se traban acontecimientos y palabras, una historia con su lógica interna, pensar con fidelidad esa revelación no puede no hacerse en una modalidad sistemática.

De esta suerte, no es posible ante la revelación oponer historia y sistema, quehacer o compromiso histórico, y pensamiento con-

¹² "L'accesso alla verità, bíblicamente intesa, infatti, non permette alcuna divisione tra verità compressa e verità vissuta. La stessa dinamica della conoscenza dal punto di vista biblico, implica originariamente il radicale coinvolgimento del soggetto epistemico con l'oggetto dell'indagine", P. Martinelli, "Teologia, vita spirituale, testimonianza. Note storico-sistematiche su una relazione originaria del sapere teologico", en C. Aparicio - C. Dotolo - G. Pascuale, *Sapere teologico e unità della fede. Studi in onore del Prof. Jared Wicks*, Roma 2004, 290.

¹³ W. Kasper, *Fe e historia*, Salamanca 1973, 23. Desde el punto de vista filosófico, hay que seguir remitiéndose al ensayo de J. Ortega y Gasset, *Historia como sistema*: "La historia es un sistema -el sistema de las experiencias humanas, que forman una cadena inexorable y única", *Historia como sistema y otros ensayos de filosofía*, Madrid 1987, 51.

ceptual y sistemático¹⁴. La pretensión salvadora de la revelación que hace que sea propuesta de verdad y de sentido general arrojando luz sobre la realidad en su conjunto, y la conjunción de palabra y acontecimiento en que aparece, conducen al sistema en cuanto la razón creyente quiera pensarla en la universalidad de su contenido y en la complejidad de su forma. Por racional, formal o abstractiva que pueda parecer la sistematización teológica, no es sino una elaboración que refleja la historia de salvación en la mutua referencia que la constituye de palabras que llevan a la acción y de acciones que llevan a la palabra.

De este modo, el sistema teológico será fiel a la naturaleza de la revelación bíblica y quedará ceñido con naturalidad a la historia de la salvación tejida por palabras creadoras y por acontecimientos lógicos, y empeñado en la tarea de entenderla y estimularla. Pensando sistemáticamente el acontecer de la gracia, como éste demanda, la teología se sitúa naturalmente al servicio de esa *historia salutis*, verdad históricamente realizada, al servicio de su comprensión y de su realización que son naturalmente interdependientes. Nada, pues, más impropio de la revelación cristiana que el contraponer historia y conceptualidad sistemática, toda vez que el sistema no quiere sino reflejar su ordenamiento interno en una *hierarquia veritatum* desde el centro que es Cristo, la pretensión holística de la comunicación de Dios y la integralidad de su forma comunicativa en palabras y acontecimientos¹⁵. No hay teología que se precie que ante esta figura de la revelación bíblica no desarrolle de algún modo una dimensión sistemática. Cualquier alergia al sistema teórico es injustificada y además dañina siempre que el sistema esté bajo obediencia a la revelación y sea como sistemática del misterio que siempre se revela como tal misterio, humilde, provisional, reverente, con conciencia viva de su insuficiencia natural ante el insondable misterio de Dios¹⁶. El sistema tiene sus valores en cuanto corresponde a la lógica, la unidad y el sentido de lo real, en este caso de la revelación divina, y por otro lado a la capacidad y la

¹⁴ Tampoco en el plano natural es posible contraponer historia y razón; véase J. Ortega y Gasset, *Historia como sistema* 58-59.

¹⁵ Como ya pusieron de relieve en la teología moderna los autores de la Escuela Católica de Tubinga -en una aportación de valor renovador que sigue vigente-, nada menos opuesto que la teología especulativa y la teología histórico-positiva.

¹⁶ "La especulación teológica nunca puede abandonar su punto de partida histórico y pasar por encima de él" W. Kasper, *Fe e historia* 24. Véase A. Dulles, *El oficio de la Teología* 25.

necesidad de la razón humana y de la fe, del hombre y del creyente en su existencialidad más viva, de comprender la Palabra revelada en su totalidad y orden interno y en los vínculos que mantiene con toda su visión y experiencia de lo real. La sistematización es exigencia interna de la Palabra de Dios cuando es reflexionada en la obediencia de la fe con todo el impulso que la propia comunicación divina demanda.

d. Referentes en la elaboración sistemática

Ciertamente, en la construcción de un sistema o en la modesta búsqueda de la exposición ordenada de un tema teológico, interviene como factor decisivo una determinada percepción espiritual sobre el conjunto de la revelación divina. Como señalaba Chenu, se descubre un sistema desde el primer momento identificando la intuición fundamental que también orienta la vida espiritual, porque en el fondo los sistemas teológicos son expresión de la espiritualidad¹⁷. Hay que reconocer, sobre todo en los orígenes de una sistemática, una determinada imaginación creativa¹⁸, a la que no es ajena la personalísima experiencia viva de la Palabra de Dios. El sistema, en efecto, tiene algo de construcción artística en la que se concitan cierto sentido humano de la forma, sentido estético, con la penetración creyente en la revelación divina. El rigor lógico del ensamblaje de elementos bien calibrados, la elaboración de un discurso capaz de anticipar la totalidad más amplia, no pueden hacer olvidar el momento originario de una intuición sobre un elemento axial del misterio revelado desde el que con notable creatividad, la que permite e incluso demanda el misterio mismo, se arriesga el ensayo de una exposición orgánica, persuasiva, capaz con su coherencia de satisfacer y de confirmar racional y amorosamente en la adhesión personal. El desarrollo de un sistema teológico no debe ser el producto de una fría o prosaica mecánica racional, no tiene lugar sólo mediante inferencia lógica; mejor dicho, tiene lugar mediante

¹⁷ "C'est qu'en définitive les systèmes théologiques ne sont que l'expression de spiritualités... On n'entre pas dans un système pour la cohérence logique de sa construction ou la vraisemblance de ses conclusions; on s'y trouve comme de naissance par l'intuition maîtresse sur laquelle s'est engagée notre vie spirituelle, avec le régime d'intelligibilité qu'elle comporte", M. D. Chenu, *Une école de théologie: le Saulchoir. Avec les études de G. Alberigo, E. Fouilloux, J. Ladrière et J. P. Jossua*, Paris 1985, 148.

¹⁸ A. Dulles, *El oficio de la Teología* 68.

esa inferencia desarrollada a la luz de una experiencia de fe en la que se conjuntan la contemplación religiosa, la intuición intelectual y la reflexión racional¹⁹.

Y hay que tener en cuenta, naturalmente, la historia pasada del pensamiento de la fe y de la tradición dogmática de la Iglesia que ha de asumir la sistematización del momento correspondiente. El teólogo –también el no católico– no aborda la exposición sistemática de la Palabra divina sin asumir lo que ha sido la comprensión histórica de esa revelación, tanto en la tradición teológica como en la tradición dogmática de la Iglesia.

Esa comprensión histórica constituye la precomprensión necesaria que le permite entender teológicamente la Palabra que reflexiona²⁰. Hace ya unos cuantos años –y el asunto no parece haberse resuelto– que se ha hablado de una doble verdad que a veces parece existir dentro de la teología, la verdad del exegeta y la del dogmático, queriendo aludir así a la diferencia grande que a veces se percibe entre los resultados de la actual exégesis bíblica y las afirmaciones de la teología dogmática²¹; y en estrecha relación con esto está la cuestión de las tensiones o desconfianzas a veces existentes entre exegetas y teólogos²². Ciertamente, a veces, en algunos temas al menos, puede tenerse la impresión de que existe una distancia grande entre la teología neotestamentaria y la teología posterior²³. Es claro que no todo han sido evoluciones armónicas u homogéneas en la reflexión sobre la revelación. Sin negar continuidad doctrinal, en la historia de la teología, como en la propia

¹⁹ Véase la descripción de Chenu sobre la iluminación interior de la fe como guía en la construcción de un sistema teológico, de tal suerte que esa edificación es "incorporation vive en des structures rationnelles, comme en des ouvrages admirables de l'esprit, de la lumière de la foi", M. D. Chenu, *Une école de théologie* 131.

²⁰ "La teología lee la Escritura siempre con un saber que 'así', sin más, no es legible en ella, ya que el teólogo hace su teología desde la actual consciencia de fe de la Iglesia, habiendo además como ha habido, un auténtico desarrollo de los dogmas", K. Rahner, "Sagrada Escritura y Teología", en *Escritos de Teología*, VI, Madrid 1969, 116.

²¹ C. Geffré, "Les courants actuelles dans la recherche en théologie", en F. Refoulé y otros, *Avenir de la théologie*, Paris 1968, 64.

²² Véase al respecto J. Alfaro, "El tema bíblico" 43; J. M. Sánchez Caro, "Hermenéutica bíblica y teología" 846-848.

²³ "Il est rendu plus modeste en constatant la distance entre la théologie néotestamentaire et telle théologie postérieure. Il est parfois tenté de se demander si notre foi correspond bien à celle de la Bible", C. Geffré, «Les courants actuelles» 66.

tradición dogmática, también ha habido eclipses, debilitamientos, oscurecimientos, desproporciones, etc.

Esto significa que en la necesaria referencia al pasado, a la tradición teológica y dogmática en la empresa de exponer la enseñanza de la Palabra revelada, una preocupación viva ha de ser mostrar la continuidad de fondo entre la teología bíblica y las numerosas y variadas elaboraciones del pasado hechas en su correspondiente conceptualidad filosófica, y de recoger éstas como modulaciones históricas de la revelación que han de ayudar a exponer hoy el sentido propio de la Palabra divina. De esta forma, la sistematización del y para el momento actual ha de situarse en fidelidad al empeño por comprender la Palabra en medio de los complejos avatares de su lectura histórica. La historia del dogma, en su teoría formal del desarrollo dogmático y en su realización concreta en la exposición sistemática, ha de estar sobre todo atenta a resaltar la presencia constante de la Palabra divina en el interior de la reflexión teológica y de la dogmatización eclesial. Como bien sostiene Kasper, "el dogma interpreta la Escritura y al revés, tiene que ser interpretado desde la Escritura"²⁴. Es decir, es preciso interpretar el dogma como proclamación vinculante del *kegygma* cristiano, como lectura de la Escritura y a partir de ella. De esta manera, la sistemática seguirá en obediencia fiel al principio de la consideración de la Escritura como alma de la teología, partiendo de su estudio, del tema bíblico, y queriendo poner de relieve cómo el mensaje revelado de hecho ha sido el hilo conductor de toda la compleja interpretación pasada o de su formulación dogmática²⁵.

Esto supone la inversión completa del método teológico, que Alfaro llamaba regresivo, el cual desde el siglo XVI se impuso hasta no hace tantas décadas, y que partía de la tesis teológica o de la definición dogmática para demostrarla mediante los correspon-

²⁴ W. Kasper, "Dogma. Evolución de los dogmas", en P. Eicher, *Diccionario de conceptos teológicos* I, 270. De otro modo, decía Rahner, «La Escritura propone una verdad que tendrá historia ulterior, precisamente la historia de los dogmas», "Sagrada Escritura y Teología" 115.

²⁵ Como añade Kasper, el dogma no sólo es respuesta humana a la palabra de Dios, sino palabra de Dios actualizada y vinculante en la palabra de hombre y todas las teorías de la evolución dogmática que se basan en la Escritura y Tradición parten del principio de que la evolución de los dogmas sólo puede consistir en la explicación de lo contenido implícitamente en la revelación originaria, *Id.*, 270, 271. "Damit wird die Schrift nicht nur im Lichte des Dogmas interpretiert, sondern genauso auch das Dogma im Lichte der Schrift", L. Scheffczyk, *Schwerpunkte des Glaubens* 68.

dientes "dicta probantia" de la Escritura, método que merecía y ha recibido los más severos reproches, tanto por su pobreza epistemológica para el conocimiento teológico en sí, como por ignorar la trascendencia de la Palabra divina sobre todo pensamiento y sobre la misma enseñanza del magisterio eclesiástico.

Evidentemente, la teología que construye la exposición sistemática seguirá haciendo uso de los correspondientes procedimientos lógico-formales de la racionalidad crítica y de las aportaciones materiales de los distintos saberes humanos. Ambas cosas son un elemento necesario para construir la exposición orgánica más fiel al misterio cristiano comprendido e interpretado en la correspondiente coordinada histórico-cultural, en la que se dibujan preguntas y necesidades nuevas a las que hay que servir el alimento de la Palabra. Al igual que la conceptualización, la estructura sistemática no se realiza sin diálogo con las elaboraciones concretas del pensamiento humano sobre la realidad que quiere salvar el mensaje cristiano. No abordaremos tampoco aquí con detalle los modos de esta confrontación con las producciones de la razón humana. Siguiendo los pasos de la revelación hacia el sistema teológico, recordamos sólo cómo en el encuentro con la filosofía y otros saberes, el pensamiento de la fe ha de estar atento a no alejarse de la Palabra divina, a no apegarse en exceso y abrazar sin sentido crítico el conocimiento o los métodos de las ciencias con las que se relaciona, a no perderse en el juego de la formalización conceptual o especulativa, hasta llegar a ser un pensamiento autosatisfecho, pagado de sí mismo en su presunta precisión conceptual, armonía o encaje sistemático.

2. MODULACIONES DE LA PALABRA REVELADA SOBRE LA ELABORACIÓN SISTEMÁTICA

En esta segunda parte, quiero apuntar algunas consideraciones sobre la modulación formal que la Escritura debe imprimir en la reflexión teológica. Es ésta, naturalmente, la que debe acoger o conservar caracteres fundamentales de la Palabra divina, de modo que le sea fiel y recoja en sí y pueda ofrecer algo de su fuerza salvadora.

a. *Sentido de la trascendencia. Cristocentrismo*

Se puede empezar por el sentido de la trascendencia que la reflexión teológica ha de mantener vivo en su estudio de la Palabra

divina, la cual no es sino presencia personal del mismo Dios. Ante la Palabra no es impropio del teólogo sentir algún estremecimiento, un sentido de reverencia que evite una manipulación objetivadora, una especulación banal o meramente racional orientada a un conocimiento fin en sí mismo²⁶. Y con esto, la necesaria modulación cristológica de toda sistematización. Dada la culminación de la Palabra divina en Jesucristo como Verbo encarnado, dado que toda la comunicación histórica de Dios –y la anterior revelación creacional– tiene en él la piedra angular que le da sentido y la sostiene en su totalidad, ese papel ha de jugar Jesucristo en el sistema teológico. Lo cual significa que todo tratado o todo ensayo más particular, todo tema teológico, amplio o reducido, ha de estar bajo el coeficiente cristológico que hay que tematizar adecuadamente, haciendo que aparezca en vinculación vital en el acontecimiento Cristo. También para los tratados teológicos vale la alegoría de la vid y los sarmientos, que unidos de modo perceptible a Jesucristo tienen vida y resultan más comprensibles y atractivos, porque todas las verdades del credo cristiano tienen dentro de su forma jerárquica en Jesucristo el punto culminante que da sentido a cada una y unidad a todas entre sí.

b. *Ecos de la forma dialogal de la Palabra*

De manera más detenida, quiero señalar el seguimiento por parte de toda sistematización del carácter dialogal de la Palabra divina. La Escritura es el texto de una experiencia religiosa, trae la manifestación, la llamada de Dios, y la respuesta de fe por parte del individuo y de la comunidad humana. En realidad, para nosotros a través de la Escritura y de la Tradición sólo hay revelación, en cuanto revelación creída. La Palabra divina es tanto la llamada de Dios como la respuesta del hombre según Dios, en la forma del juicio o de la aceptación. En el fondo de toda la Escritura se halla este circuito dialógico, en el que debe entrar la reflexión sistemática pensando la revelación como Palabra divina que llama a una acogida humana, en la correlación de ambas, es decir en su estructura dialogal. Desde un punto de vista formal, esa estructura dialógica quizá sea la figura primordial de toda reflexión teológica, un criterio

²⁶ No debe el teólogo ignorar las advertencias que los maestros del espíritu hacen en este sentido sobre el trato con la Palabra divina; véase, por ejemplo, E. Bianchi, *Rezar la Palabra. Introducción a la lectio divina*, El Horeb, Quito 1996, 30, 43.

sistematizador ineludible y cargado de promesas, que promana de la misma Palabra divina en su naturaleza última. El sistema teológico, y todo ensayo que, por particular que sea, piense desde el todo o desde el fenómeno en sí de la revelación, debe participar de la vocación comunicadora de ésta, que es en su sustancia última auto-revelación de Dios, entrega personal de sí, configurándose como instancia apelante y manifestativa. Esto significa hacerse eco de la revelación haciéndola perceptible, conceptualizando y ordenando su contenido en cuanto llamada, de tal manera que pueda servir también a la revelación en cuanto respuesta de la fe del creyente o a la fe preceptuada por la propia revelación divina.

• *El modo apelativo*

Para ser fiel a la Palabra, la teología sistemática ha de dejarse configurar por ella como "revelación", haciéndose cargo del carácter apelativo de la Palabra divina y conformándose por él. La revelación es la palabra primera y primordial de un diálogo, interpela al hombre necesitado de salvación y aguarda amorosamente respuesta²⁷. Como recordaba Barth a mitad del siglo pasado, la Palabra de Dios no es simplemente el texto, sino el acontecimiento en el que hoy el hombre llega a un encuentro con Dios. En cuanto la reflexión sistemática reproponga esta forma dialogal servirá al *colloquium salutis*, al designio salvador en su modalidad dialógica. A través de su conceptualidad y de su ordenamiento, la sistemática ha de hacer claramente perceptible la llamada divina, que Dios hable en ella y por ella, como reclamaba Chenu²⁸ y que hable llamando con tono amoroso, "como a amigos" (DV, 2) a la intimidad con Él. Es un reto de la Palabra modular una exposición sistemática en el tono de un ofrecimiento, como palabras sobre una palabra de gracia sólo motivada por el amor, en un talante de gratuidad, comprensivo, paciente. Así será mejor escuchada y más convincente la reflexión teológica por-

²⁷ Rahner ha señalado cómo toda teología que sirva a la fe es necesariamente kerygmática, siendo empero críticamente reflexiva, que así es como sirve a la proclamación: "Naturaleza de la Teología", en *Sacramentum Mundi*, vol. 6, 1976, 534. Por lo demás, el objeto formal de la teología es un Dios autocomunicante: la Trinidad -autocomunicación intradivina-, la Encarnación -autocomunicación de la Palabra a la naturaleza humana-, la divinización del hombre -autocomunicación del Espíritu-. *Id.*, 537.

²⁸ M.-D. Chenu, *Une école de théologie*, 131.

que reflejará con fidelidad el timbre del hablar de Dios en su infinita condescendencia con lo humano.

Esto significará distanciarse del tono dogmático, autosuficiente, impositivo. Se puede y se debe hablar con convicción y firmeza, incluso con acento profético, de los dogmas de la fe sin actitudes dogmáticas, como de verdades en las que se asoma la Palabra de Dios que llama a un coloquio cordial. Es preciso, entonces, dentro del estudio sistemático de cualquier tema teológico auscultar la llamada de la Palabra divina a partir de la cual se elabora esa reflexión y ponerla de relieve, hacer que se oiga con claridad y llegue al oído del hombre. Construir un tratado, un capítulo, una reflexión sistemática, como re-sonancia de la amorosa llamada divina que ha impulsado esa reflexión ordenada con los recursos de la razón creyente.

En este empeño, la exposición sistemática ha de buscar la transmisión de todo el potencial salvador de la palabra divina, su luz y su calor, su autoridad, su frescor y su novedad, la fuerza vital del Verbo de Dios, su capacidad de juzgar y de salvar. Pensar sistemáticamente la Palabra significa contribuir a hacer presente la salvación de Dios. La teología no salva, ni al que la hace ni al que la conoce, pero sí ha de hacer presente la salvación dada en la comunicación divina que reflexiona, ha de contribuir humildemente a que la Palabra salve haciéndola presente como tal en el brillo de su verdad y en la calidez de su amor. Si la Palabra es lámpara para los pasos del hombre, luz en el sendero de la vida, a ese efecto iluminador ha de coadyuvar la sistematización teológica.

En realidad, a eso se ordena de modo natural el sistema, a hacer que resplandezca la palabra revelada en su orden propio, en sus conexiones lógicas, en su coherencia y vitalidad, en su pretensión de iluminar lo real en lo particular y como totalidad, como el hombre de hecho desarrolla y necesita entender su ser-en-el mundo, con la consiguiente capacidad de convicción y de orientación para la vida de las personas y su marcha histórica. El objetivo al que tiende el teólogo en su labor sistematizadora es la mejor comprensión de la revelación divina por parte de los hombres y los creyentes del tiempo²⁹. El sistema teológico se constituye en la obediencia a la Pala-

²⁹ "L'ideale del teologo sistematico deve essere di poter mostrare nell'ultima tapa della sua riflessione la fedele corrispondenza tra il risultato raggiunto (la spiegazione definitiva da lui presentata) e il tema biblico: una comprensione umana attuale (la piu profonda possibile) della Parola di Dio", J. Alfaro, "Il tema biblico", 36.

bra y no persigue sino hacerla presente del modo más claro y ordenado a fin de que sea mejor comprendida y vivida. El sistema –como todo discurso de la fe– tiene que asumir la vocación comunicativa de la revelación de Dios a la que sirve y para servirla de hecho; en realidad, tiene su razón de existir justamente como procedimiento al servicio de la comunicabilidad y la comunicación real de la Palabra. Si por alguna circunstancia la exposición orgánica de la revelación no fuera instancia mediadora, si no sirviera a hacerla presente en su fuerza salvadora, perdería su legitimidad entre los discursos de la fe. Importa aquí que la razón del sistema sea servidora humilde, que ponga su empeño por ordenar a beneficio sólo de la lógica del Verbo divino, que no busque gloria propia en la brillantez de sus conceptos y ordenamientos, que no use el habla de Dios para lucimiento suyo, para cosechar gratificaciones, para edificar monumentos sobre la Palabra divina a los poderes de una razón pagada de sí misma.

El sistema, por último, por exigente que sea racionalmente en sus conceptualizaciones y en su ordenamiento, por muchas formalizaciones que elabore, ha de buscar el calor de la Palabra revelada, su energía que es capaz de cambiar al hombre, de sanearlo, de rectificarlo desde sus raíces, de llevarle a una praxis nueva en las hechuras del hombre nuevo. La abstracción conceptual, la especulación, el rigor crítico en la expresión, las secuencias lógicas en la exposición sistemática, no tienen porqué conducir a un lenguaje o un pensamiento árido, espectral, descarnado. También los conceptos y los sistemas son instrumentos necesarios de salvación. Ni siquiera se puede rezar sin conceptos, ni anunciar con seriedad la salvación, ni entender a Jesucristo y el evangelio del Reino, sin ordenamiento de los conceptos, de las imágenes y los símbolos, de las experiencias. La fuerza transformadora de la Palabra es inseparable de su verdad, de su precisión, de su adecuación interna y externa al momento existencial del hombre. Las cosas de Dios, dice San Pablo, son ordenadas (Rom 13, 11). Si como dijimos es imposible la contraposición entre historia y sistema, decimos ahora que no cabe enfrentar sistema de conceptos y energía salvadora, la estructuración sistemática y el calor y el color de la Palabra, su potencial sanador y redentor, su capacidad para entrar en el corazón del hombre, que debe hacer presente la reflexión sistemática.

- *El modo responsivo*

Así el sistema teológico servirá también a la fe, a la respuesta del hombre que la misma palabra revelada demanda y describe, servirá

a la manifestación divina en cuanto revela la adecuada posición del hombre a la llamada de Dios. Si la Palabra viene de Dios, a Dios conduce o quiere conducir marcando el camino, y a ese segundo viaje, que cierra el circuito de la experiencia de la salvación, debe servir también la reflexión teológica. El pensamiento sistemático de la revelación puede y debe estimular la escucha y la comprensión sistémica del hombre y del creyente, aguzar su oído, confirmarle y sostenerlo como oyente de la Palabra y como tal llamado a responder en la obediencia amorosa de la fe. La presentación ordenada de la comunicación divina como fenómeno y como contenido debe buscar expresamente el disponer al destinatario a la escucha, porque a ella está ordenada por naturaleza la Palabra divina que reflexiona, comprende y sistematiza. Y debe buscar, obviamente, acompañar la concreta vida de la fe en gozosa fidelidad a la Palabra divina en todo lo que ésta revela y preceptúa³⁰. Así realiza la teología su servicio concreto a la fe vivida como "compañía de la fe"³¹.

3. OBSERVACIONES FINALES

La obra sistematizadora sobre la revelación bíblica, que según estamos exponiendo ha de llevar a cabo la teología, no significa, evidentemente, que todo pensamiento teológico tenga que sustanciarse por necesidad en un sistema que se ofrece en la correspondiente teología sistemática, ni siquiera en el tratado completo sobre un misterio de la fe. No toda teología o todo teólogo han de elaborar un tratado sistemático o un curso sistemático de teología completo. Es evidente que la teología también se desarrolla y sirve a la fe y a la comunidad creyente en otros géneros que no son el tratado o la teología sistemática más o menos completa, los cuales no son sino una realización posible de algo que podríamos llamar la sistematicidad del pensamiento de la fe, que vemos como un talante que debería poseer toda teología, de la cual se debe esperar una vocación sistemática, complejiva, una referencia aunque sea tácita o subyacente, a

³⁰ Hace tiempo, afortunadamente, ha quedado atrás la división neta entre teología especulativa y teología espiritual que tan pocos beneficios hizo a ambas, a la vida de la fe y a la Iglesia. La sistemática ha de tener vivo este interés por hacer presente una palabra que es esencialmente salvadora. Véase todo el estudio de P. Martinelli, "Teologia, vita spirituale, testimonianza", citado en nota 12.

³¹ G. Ruggieri, *La compagnia della Fede. Linee di teologia fondamentale*, Milano 1980, 5-12.

la visión global y ordenada del misterio revelado, a toda la economía de la gracia que proviene de la Palabra divina. Además del orden y la coherencia interna que le hagan ser pensamiento vivo y verdadero, toda teología debería estar en tensión hacia el todo y en función del todo, por puntual, ensayístico o particular que sea su trabajo. De esta manera, en su concreción, la reflexión estará abierta a la totalidad del misterio, evocando o apuntando su orden económico, la jerarquía de sus verdades. Al respecto, merece sin duda estima positiva la confesión que hacía P. Tillich en las primeras palabras de su *Teología sistemática*, de que nunca había podido no pensar sistemáticamente, aún escribiendo cualquier ensayo concreto³².

Y ciertamente esta sistematicidad significa evitar la fragmentación del saber y sobre todo de la enseñanza teológica, que impide a los alumnos percibir la visión de conjunto del misterio revelado como *oeconomia salutis*. Es preciso que el curriculum teológico evite caer en cursos estancos, no comunicantes entre sí, repetitivos o carentes de síntesis, siendo bien conscientes de que la visión global u orgánica posee una enorme efectividad didáctica. En orden a ella hay que trabajar todo lo necesario las conexiones entre teología y filosofía y entre los distintos tratados, debiéndose evitar métodos o planteamientos muy dispares entre sí, que desorientan a los alumnos y dificultan la síntesis que necesitan y deben alcanzar³³. Esto, como sabemos, exige el trabajo dentro de las correspondientes áreas o departamentos en la institución teológica. No es disparatado decir que la sistemática que reclama la revelación requiere también que la institución docente de la teología funcione orgánicamente, en una integración viva de todos sus elementos, muy señaladamente el humano. Así la institución docente, como cuerpo vivo, servirá mejor a un pensamiento y una enseñanza teológica debidamente articulados.

GONZALO TEJERINA ARIAS

Universidad Pontificia de Salamanca

³² P. Tillich, *Teología Sistemática*, vol. I: *La razón y la revelación. El ser y Dios*, Barcelona 1972, 9.

³³ S. Rosso, "Influsso della *Sacrosantum Concilium* nell'insegnamento della teologia", en M. Sodi (a cura di), *'Ubi Petrus ibi Ecclesia'. Sui 'sentieri del Concilio Vaticano II*, Roma 2007, 113.

SUMARIO

El estudio hace ver cómo la revelación divina lleva por propio movimiento a un pensamiento sistemático. En primer lugar por razón de la aprehensión racional de la Palabra que tiene lugar en el acto de fe en el que nace el lenguaje creyente y dentro de éste la expresión conceptual y la exposición sistemática de la revelación creída, expresada y conceptualizada. La Palabra con su lógica interna demanda también el sistema en el que recoger la pretensión veritativa de su logos manifestado en la historia, siendo la trabazón de hechos y palabras otro factor que lleva a la exposición ordenada. El sistema se constituye así como pensamiento reflejo de la comunicación de Dios en una *historia salutis* tejida por palabras creadoras de historia y por acontecimientos lógicos. Se abordan después algunos referentes que la Palabra brinda a la exposición sistemática como la percepción espiritual de la misma revelación, la tradición dogmática y teológica como lectura referencial de la Palabra para el presente. Por último, algunas modulaciones de forma que la sistemática debe recibir de la Palabra como el sentido de trascendencia, su cristocentrismo y su forma dialogal, apelativa y responsiva.

SUMMARY

The study shows that divine revelation brings about through proper movement a systematic thought. Firstly through reason of rational understanding of the Word that takes place in the act of faith in it that is born believing language and within this the conceptual expression and systematic exposition of believed expressed and conceptualized revelation. The Word with its internal logic demands also the system of recognising the truthful understanding of its logos manifested in history, being the connection of facts and words, another factor that brings about the ordered exposition. The system constitutes itself as thought reflected of the communication of God in a *historia salutis* connected through the creative words of history and through logical events. They deal with themselves

after certain references that the Word brings to the systematic exposition as the spiritual perception of the same revelation, the dogmatic and theological tradition as a referential reading of the Word for the present. Finally there are certain modulations of form that the systematic ought to receive of the Word as a meaning of transcendence, its Christo-centrism and its formal, appellative and responsive form.

AMM.2